

están los dos caños rotulados á donde van los bañistas tres veces al día á llenar el vaso de agua que deben beber. Uno de estos caños tiene el rótulo de *azufre* y el otro el de *alumbre*; el uno tiene treinta y cinco grados de calor y el otro treinta y seis.

El agua de azufre pesa un quinto menos que el agua ordinaria, y una moneda de plata puesta en contacto con ella se óxida en dos segundos.

Las aguas termales comparadas con el agua comun, dan por resultado que el agua ordinaria, elevada por medio de la ebullicion á ochenta grados de calor, pierde en dos horas sesenta grados poco mas ó menos por su contacto con el aire atmosférico, mientras que el agua termal, depositada á las ocho de la noche en un baño, no ha perdido á las ocho de la mañana, es decir, doce horas despues, mas que catorce ó quince grados, lo que deja á los baños ordinarios un calor suficiente de diez y ocho ó diez y nueve grados.

Los baños que toman los enfermos están regularmente á treinta y cuatro ó treinta y seis grados. De este modo se ve que no hay nada que añadir ni quitar al calor del agua, que se encuentra en armonia con el de la sangre; esto da á las aguas de Aix una superioridad notable sobre las demas, pues en todas partes son ó demasiado calientes ó demasiado frias. Si son demasiado frias hay que calentarlas, y bien se echa de ver cuánta cantidad de gas debe desprenderse durante esta operacion. Si por el contrario son demasiado calientes, hay necesidad de enfriarlas por una combinacion con el agua fria, ó por el contacto del aire, y en uno y otro caso se concibe cuánto pierden de su eficacia con la mezcla ó la evaporacion.

Poseen tambien una ventaja natural estas aguas termales sobre las de los demas establecimientos, y es que los manantiales calientes, que por lo regular salen en los parages bajos, se hallan allí á treinta pies sobre el nivel del establecimiento; pueden así con la facultad que les dan las leyes de la gravedad, elevarse sin medio de presión á la altura necesaria para aumentar ó disminuir su accion en la aplicacion de los chorros.

En ciertas épocas, y sobre todo cuando la temperatura atmosférica baja de doce á nueve grados sobre cero, cada una de las aguas, cuyo manantial parece, sin embargo, ser el mismo, presenta un fenómeno particular. El agua de azufre arrastra una materia viscosa, que haciéndose sólida ofrece todos los caracteres de la gelatina animal perfectamente hecha: tiene su gusto y cualidades nutritivas, mientras que el agua de alumbre arrastra una cantidad casi igual de gelatina puramente vegetal.

El martes de carnaval del año 1822, se sintió un terremoto en toda la cordillera de los Alpes; treinta y siete minutos despues del sacudimiento salió una multitud considerable

de gelatina animal y vegetal por los tubos del azufre y del alumbre.

Seria demasiado largo describir los diferentes gabinetes y los varios aparatos de los chorros que allí se administran. El calor de los chorros varia, pero el de los gabinetes es siempre el mismo; es decir, de treinta y tres grados. Solamente uno de estos gabinetes, llamado el *Inferno*, tiene una temperatura mucho mas elevada; esto procede de que la columna de agua caliente es mas fuerte, y que cerradas una vez las puertas y las ventanas no se puede respirar el aire exterior sino unicamente el que se desprende de la evaporacion. Esta atmósfera, verdaderamente infernal, aumenta la circulacion de la sangre hasta ciento cuarenta y cinco pulsaciones por minuto; el pulso de un inglés muerto tísico, dió hasta doscientas diez pulsaciones, es decir, tres y media por segundo. Allí era donde habian llevado al herrero. El sombrero de aquel infeliz estaba aun colgado en una percha.

Se puede bajar hácia los manantiales por una entrada situada en la misma ciudad; es una abertura con una verja de tres pies de ancho, llamada el *Agujero de las serpientes*, porque su situacion al Mediodia y el vapor que sale de esta especie de respiradero atraen de once á dos una multitud de culebras. No se pasa nunca por allí en aquel momento del dia sin ver muchos de aquellos reptiles solazándose á aquel doble calor. No son nada venenosos, y los muchachos los domestican y se sirven de ellos, como nuestros limpia-botas y quita-manchas ambulantes, para sacar algunas monedas á los viajeros.

Hallándome dispuesto á visitar las curiosidades de Aix, tomé la direccion de la cascada de Gresy, situada á los tres cuartos de legua, poco mas ó menos, de la ciudad. Un incidente ocurrido en 1813 á la baronesa de Broc, una de las damas de honor de la reina Hortensia ha hecho á esta cascada tristemente célebre. Esta cascada, por lo demas, nada ofrece de particular sino los embudos que ha horadado en la roca, y en uno de los cuales pereció aquella hermosa jóven. En el momento en que yo fui, el agua estaba baja y dejaba en seco la boca de tres embudos que tienen de quince á diez y ocho pies de profundidad, y en cuyas paredes interiores ha abierto el agua una comunicacion desgastando la roca. De esta manera baja hasta el lecho de un arroyo que huye á treinta pies de profundidad casi, entre dos orillas, tan próximas, que fácilmente se puede saltar de un brinco. Visitaba la reina Hortensia esta cascada acompañada de Mad. Parquin y de Mad. Broc, cuando esta última, atravesando sobre una tabla el mas grande de estos embudos, creyó apoyar su sombrilla sobre la tabla, y la puso á un lado; la falta de un punto de apoyo la hizo doblar el cuerpo á un lado, se volvió la tabla; Mad. Broc dió un

grito y desapareció en el abismo: tenia veinte y cinco años

La reina la ha hecho levantar un sepulcro en el mismo sitio en que sucedió esta desgracia. En él se lee esta inscripcion:

AQUI
MAD. LA BARONESA DE BROC,
A LOS 25 AÑOS DE EDAD, PERECIO
EN PRESENCIA DE SU AMIGA
EL 10 DE JUNIO DE 1815.
VOSOTROS
QUE VISITAIS ESTOS LUGARES,
NO OS ADELANTEIS SINO
CON PRECAUCION SOBRE ESTOS
ABISMOS.
PENSAD EN LOS
QUE OS
AMAN.

Hállase al volver, sobre uno de los lados del camino, en la orilla del torrente, el manantial ferruginoso de *San Simon* descubierta por Mr. Despine, hijo, uno de los médicos de Aix. Ha hecho construir encima una fuente-clásica en la cual ha hecho grabar el nombre mas clásico aun de la diosa *HELE*, y debajo de esta palabra estas otras: FUENTE DE SAN SIMON. Ignoro si la etimologia de este nombre tiene alguna relacion con el profeta de nuestros dias.

Se aplican las aguas de esta fuente á la curacion de afecciones del estómago y de enfermedades linfáticas. Yo la probé al pasar, y me pareció de muy agradable sabor.

Volví á la hora critica de comer. Cuando hubimos concluido, cada cual se separó, y noté que nadie se quejó del mas pequeño dolor de cólico, y en cuanto á mí, estaba cansado de mis correrias de todo el dia, y me acosté.

Despertáronme á media noche con un gran ruido y un gran resplandor. Mi cuarto se llenó de bañistas. Cuatro llevaban hachones encendidos, venian á buscarme para subir al Diente del Gato.

Hay chanzas que no hacen gracia á los que son objeto de ellas, sino cuando los mismos se hallan en cierto grado de humor y de broma. Sin duda los que despues de una cena animada por la charlatanería y el vino y con los espíritus bien calientes por ambos, temian que el sueño no concluyese con la orgia, propusieron pasar juntos lo que quedaba de noche y emplearlo en hacer una ascension para ver salir la aurora desde la cima del Diente del Gato, debieron ser muy apoyados por los demas; pero yo que me habia metido en la cama muy tranquilo y cansado, con la esperanza de una noche muy pacífica, y me habia despertado sobresaltado por una invitacion tan incongruente, no recibí, como es fácil de concebir,

TOMO I.

con mucho entusiasmo la proposicion. Pareció esto muy extraordinario á mis trepadores que calcularon no estaba bien despierto, y para hacerme volver en mí enteramente, me agarraron entre cuatro y me pusieron en medio del cuarto. Entretanto otro, mas previsora aun, vertia en mi cama toda el agua que yo habia tenido la imprudencia de dejar en mi jofaina. Si este medio no hacia mas divertido el paseo propuesto, le hacia al menos casi indispensable. Tomé, pues, mi partido, como si la cosa me gustase mucho, y cinco minutos despues estuve listo para ponerme en camino. Eramos doce ó catorce entre todos, contando con dos guias.

Al pasar por la plaza vimos á Jacotot que cerraba su café, y al alemán que fumaba su último cigarro y vaciaba su última botella. Deseo nos Jacotot que nos divirtiéramos mucho, y el alemán nos gritó: Bon viage...—¡Gracias!... Atravesamos el pequeño lago de Bourget para llegar al pie de la montaña que íbamos á escalar: estaba azul, trasparente y tranquilo como siempre, y parecia tener en su fondo tantas estrellas como se contaban en el cielo. A su extremo occidental se divisaba la torre de Hautecombe, derecha como una fantasma blanca, mientras que entre ella y nosotros se deslizaban en silencio barquillas de pescadores, llevando un hachon encendido en la popa, cuyo resplandor se reflejaba en el agua.

Si yo me hubiese podido quedar allí solo por horas enteras meditando en una barca abandonada, seguramente no hubiera echado de menos ni el sueño ni la cama. Pero yo no habia salido de casa para eso; habia salido para *divertirme*. Así *me divertia!*... ¡Qué cosa tan singular es este mundo, en donde se pasa siempre al lado de una incomodidad cuando se busca un placer!...

A las doce y media empezamos á subir; era cosa bastante curiosa ver aquella marcha con hachones. A las dos ya estábamos á las tres cuartas partes del camino, pero lo que nos quedaba era tan difícil y tan peligroso que nuestros guias nos hicieron hacer un alto para esperar los primeros rayos del dia.

Así que aparecieron volvimos á continuar nuestro camino, que se hizo á poco tan escabroso, que nuestro pecho tocaba casi en el suelo, sobre el que marchábamos en fila uno tras de otro.

Cada uno desplegó entonces su fuerza y destreza agarrándose con las manos á los matorrales y arbustos, y apoyándose con los pies en las quiebras de la roca y desigualdades del terreno. Oíamos como rodaban por la pendiente de la montaña escarpada como un tejado, las piedras que nosotros desprendíamos, y cuando las seguíamos con la vista, las veíamos bajar hasta el lago, cuya sábana azul se estendia á un cuarto de legua debajo de nosotros. Nuestros mismos guias no podian presertarnos socorro alguno, ocupados exclusiva-

10

mente en descubrirnos el camino mejor; solamente de tiempo en tiempo nos recomendaban no mirásemos atrás por miedo de los desvanecimientos y los vértigos: estas recomendaciones hechas con una voz breve y cerrada nos probaban que el peligro era muy real.

De repente uno de nuestros camaradas, el que iba inmediato á ellos, lanzó un grito que nos hizo estremecer á todas las carnes. Había querido poner el pie en una piedra arrancada ya por el peso de los que le precedían y que se habían servido de ella como de punto de apoyo; la piedra se había desprendido; al propio tiempo las ramas á que se agarraba, no siendo bastante fuertes para sostener solas el peso de su cuerpo, se le habían desgajado entre sus manos.

—¡Detenedle! ¡detenedle! gritaron los guías; pero era mas fácil decirlo que hacerlo. Cada cual tenía ya gran trabajo en sostenerse á sí mismo. Así es que pasó rodando cerca de nosotros sin que ni uno solo le pudiese detener. Ya le creíamos perdido, y seguíamosle con la vista, sin aliento y con el sudor del terror en la frente, cuando se encontró tan cerca de Montaigu, que iba el último de todos, que este pudo, alargando la mano, cogerle por los cabellos. Hubo un momento en que dudamos si los dos iban á caer juntos. Este momento fué corto, pero fué terrible; y yo respondo de que ninguno de los que allí se hallaron olvidará en mucho tiempo el instante en que vió aquellos dos hombre oscilando sobre un precipicio de dos mil pies de profundidad, no sabiendo si iban á precipitarse, ó si llegarían á afianzarse en la tierra.

Por fin, llegamos á un bosquecillo de pinos que sin hacer menos rápido el camino, lo hizo mas cómodo por la facilidad que estos árboles nos ofrecían de agarrarnos en sus ramas, ó apoyarnos en sus troncos. La ladera opuesta de este bosquecillo tocaba casi en la peña viva cuya forma ha hecho dar á la montaña el singular nombre que lleva; una especie de escalera que forman varios agujeros irregulares hechos en la piedra, conduce á la cima.

Solamente dos intentaron este último escalamiento, no por que fuese mas difícil el paso que todo lo que acabábamos de hacer, sino porque no nos prometía una vista mas estensa; y la que teníamos delante de los ojos estaba muy lejos de indemnizarnos de nuestro cansancio y rozaduras: les dejamos preparar á su campanario y nos sentamos para quitarnos las piedrecillas y sacarnos las espinas. Entretanto llegaron ellos á la cima de la montaña, y como en prueba de tomar posesion, encendieron una hoguera y fumaron sus cigarros.

Al cabo de un cuarto de hora bajaron, guardándose bien de apagar el fuego que habían encendido por las ganas que tenían de ver si desde abajo se descubría el humo.

Después de tomar un bocado nos pregun-

taron los guías si queríamos volver por el mismo camino, ó bien tomar otro mucho mas largo, pero mas fácil, y elegimos unánimemente este último. A las tres ya estábamos de vuelta en Aix, y puestos en medio de la plaza tuvieron aquellos señores el orgulloso placer de divisar aun el humo de su fanal. Preguntéles si me era permitido, ahora que ya me había *divertido* bien, elirme á la cama. Como casi todos tenían probablemente necesidad de hacer otro tanto, respondiósese que no había dificultad alguna.

Yo creó que hubiera dormido treinta y seis horas seguidas como Balmat, si no me hubiese despertado un gran rumor. Abri los ojos, aun era de noche; asoméme á la ventana y vi á toda la gente de la ciudad en la plaza. Todo el mundo hablaba á un tiempo, quitábanse unos á otros los anteojos, y todos miraban hácia arriba á pique de forcerse la columna vertebral; creí que había eclipse de luna.

Volvime á vestir apresuradamente para tener tambien mi parte en el fenómeno, y bajé á la plaza armado de un antejo de larga vista. Toda la atmósfera estaba colorada por un reflejo rojizo, el cielo parecía inflamado, ardía el Diente del Gato.

Al mismo tiempo sentí que me apretaban la mano, volvíme y vi á nuestros dos camaradas, los del fanal: me hicieron con la cabeza una seña y se alejaron. Preguntéles á donde iban, y el uno acercó sus manos á la boca á manera de bocina y me gritó:—A Ginebra. Comprendí el negocio, eran mis perillanes que habían pegado fuego al Diente del Gato, y Jacotot les había secretamente avisado que el rey de Cerdeña apreciaba mucho sus bosques. Eché una mirada sobre la hermana menor del Vesubio: era un bonito volcan de segundo orden.

Un incendio nocturno en las montañas, es una de las cosas mas magníficas que pueden verse. El fuego suelto libremente en un bosque, estendiéndose por todos lados como una serpiente enroscada en el tronco de un árbol que encuentra en su camino, enderezándose contra él, vibrando sus lenguas como para lamer las hojas, lanzándose por cima de su copa como un plumero, volviendo á bajar á lo largo de sus ramas y acabando por encenderlas todas como las de un árbol de pólvora preparado para algun público festejo; he aquí lo que nuestros reyes no pueden hacer en sus funciones. *¡He aquí lo que es hermoso!* Después este árbol quemado sacude ardientes sus hojas; cuando pasa sobre él un golpe de viento se las arrebatá cual una lluvia de fuego, cuando cada una de estas chispas, enciende una hoguera al caer, y todas las hogueras ensanchándose marchan delante las unas de las otras, acabando por juntarse y confundirse en un inmenso hogar: cuando una legua de terreno arde así y cuando cada árbol que arde matiza el color de la llama segun su esencia, la varía segun su forma; cuando las piedras calcina-

das se despenden y ruedan haciendo pedazos todo en su camino, cuando el fuego silba como el viento y cuando el viento brama como la tempestad! ¡oh entonces eso es lo espléndido, eso es lo maravilloso! Neron era hombre que lo entendia, en materia de placeres cuando quemó á Roma.

Sacóme de mi éxtasis un coche que atravesaba la plaza escoltado por cuatro carabineros reales. Reconocí ser el de nuestros Rugieros, que vendidos por los guías, denunciados por el maestro de postas habían sido alcanzados por los gendarmes de Carlos Alberto, antes de haber podido salir de las fronteras de Saboya. Querían llevarlos á la cárcel; pero todos nosotros respondimos de ellos: en fin, con la fianza general y sus palabras de honor de no salir de la ciudad, quedaron en libertad de disfrutar del espectáculo que debían pagar.

El fuego duró tres dias.

Al cuarto les trajeron una cuenta de TREINTA Y SIETE MIL QUINIENTOS y tantos francos.

Encontraron un poco cara la cuenta por algunas malas fanegas de bosque, que no podía explotarse por su situacion; en consecuencia escribieron á nuestro embajador en Turin, para que tratase si era posible de lograr alguna rebaja. Este se portó tan bien que á los ocho dias se redujo la cuenta á setecientos ochenta francos.

Mediante el pago de esta suma quedaban ya en libertad para salir de Aix. No se lo hicieron decir dos veces; pagaron, se hicieron dar sus recibos, y partieron inmediatamente por miedo de que al otro dia no saliesen con que se había olvidado algun pico.

No he querido nombrar á los dos culpados que gozan en Paris de gran crédito y consideracion, y no trato de perjudicarlos.

Los ocho dias que transcurrieron después de su partida, no ofrecieron mas que dos novedades. La primera fué un concierto execrable que nos dieron, una que se llamaba primer contralto de la Opera comica, y uno que se anunciaba por primer baritono de la ex-guardia real. La segunda fué la mudanza del alemán, que tomó un cuarto junto al mio: vivia antes en la casa de Roissard situada precisamente enfrente del agujero de las Serpientes, y una mañana se había encontrado una culebra dentro de una de sus botas.

Como se cansa uno de las giras borricales, aunque no se caiga mas que dos ó tres veces; como el juego es una cosa muy poco divertida, cuando no se comprende ni el placer de ganar, ni el pesar de perder; como yo había visitado ya todo lo curioso y notable de Aix y sus inmediaciones; y como finalmente la señora primer contralto y el señor primer baritono nos amenazaban con un segundo concierto; resolví distraer tan estúpida existencia yendo á visitar la gran Cartuja, que no está situada creo mas que á diez ó doce leguas de

Aix. Contaba volver desde allí á Ginebra desde donde queria continuar mis escursiones, por los Alpes, comenzando por el Oberland. En consecuencia de esto, hice mis preparativos de marcha, alquilé un carruage mediante el precio de costumbre, diez francos al dia, y el 10 de setiembre por la mañana, fui á despedirme de mi vecino el alemán; me ofreció para fumar un cigarro y beber un vaso de cerveza, cumplido que creo no había hecho á nadie hasta entonces.

Mientras sentado uno enfrente de otro trincábamos juntos, con los codos apoyados en la mesita, echándonos recíprocamente á la cara bocanadas de humo, vinieron á anunciarme de que el carruage me estaba aguardando. Levantóse y me acompañó hasta el umbral de la puerta. Llegado allí me preguntó:

—¿A dónde ir vos?

Se lo dije.

—¡Ah! ¡ah! continuó: vos ir ver los cartujos: ¡oh! ser muy divertidos.

—¿Por qué?

—Si, si, comen en tinteros y duermen en armarios.

—¿Qué diablos quiere decir eso?

—Vos ver la cosa.

Estrechó mi mano, me deseó un *bon viage*, me cerró su puerta, de consiguiente nada pude sacar mas de él.

Fui á tomar una jicara de chocolate; á despedirme de Jacotot. Aunque yo no hacia gran gasto, Jacotot, me miraba con respeto, porque le habían dicho que yo era autor. Cuando supo que me marchaba, me preguntó si no escribiría algo sobre los baños de Aix. Respondíle que no era muy probable, pero si posible. Entonces me pidió que en este caso no me olvidase de hablar del café cuyo primer mozo era él, lo que no dejaria de traer provecho á su amo; no solamente me comprometí á ello, sino que le prometí hacerle á él personalmente tan célebre como me fuese posible. El pobre mozo se puso enteramente pálido al saber que quizá algun dia se leeria su nombre impreso en un libro.

La sociedad que yo dejaba al alejarme de Aix, era una singular miscelánea de todas las posiciones sociales y de todas las opiniones políticas. Sin embargo, la aristocracia de nacimiento, traqueteada por do quiera, rechazada palmo á palmo por la aristocracia de dinero, que la sucede como en un campo segado brota una segunda mies, se hallaba allí en mayoría. Es decir que el partido carlista era el mas fuerte.

Inmediatamente después seguía el partido de la propiedad, representado por ricos comerciantes de Paris, negociantes de Lion y fabricantes de fundicion del Delfinado; todas estas buenas gentes se creían muy desgraciados porque el Constitucional no llega á Saboya (1).

(1) Los únicos periódicos que allí se reciben son la Gaceta y la Cotidiana.

Habia también algunos representantes en aquella dieta enfermiza del partido bonapartista. Al momento se les conocía por el descontento que forma el fondo de su carácter, y por estas palabras sacramentales que sin venir á cuento sacaban en todas las conversaciones. — ¡Ah! ¡si Napoleón no hubiese sido vendido! — Gentes honradas que no ven más allá de la punta de su espada, que sueñan para José ó para Luciano un nuevo regreso de la isla de Elba y que no saben que Napoleón fué uno de esos hombres que dejan familia y no heredero (1).

El partido republicano era evidentemente el más débil; si mal no me acuerdo, componíase de mí tan solo. Y aun como yo no aceptaba ni todos los principios revolucionarios de *La Tribuna*, ni todas las teorías americanas de *El Nacional*, y como decía que Voltaire había hecho malas tragedias, y me quitaba el sombrero al pasar por delante de un crucifijo, me tomaban por un mero utopista, y nada más.

Entre las mugeres era más sensible la línea de demarcación. El arrabal de San German y el de San Honorato eran los únicos que caminaban juntos, pues la aristocracia de nacimiento y la de gloria son hermanas; la aristocracia del dinero no es más que una bastarda. En cuanto á los hombres, el juego los reunía á todos; en torno de un tapete verde no hay castas, y el que apunta más alto es el más noble. Rotschild ha sucedido á los Montmorency, y si mañana abjura, pasado mañana nadie le disputará el título de primer barón cristiano.

Caminaba yo hacia Chamberí haciendo en mi interior todas estas distinciones, y como aun llevaba mi sombrero gris, no me atreví á detenerme; solamente noté, al pasar que un fondista que había tomado por exergo de su muestra, estas palabras: «A las armas de Francia» había conservado las tres flores de lis de la rama primogénita, que la mano del pueblo ha borrado tan brutalmente en el escudo de la rama segunda.

A tres leguas de Chamberí pasamos por debajo de una bóveda que atraviesa una montaña, podrá tener como unos ciento cincuenta pasos de longitud. Comenzado este camino por Napoleón, ha sido concluido por el gobierno actual de Saboya.

A poco de haberle pasado se encuentra la aldea de las Escalas; después á un cuarto de legua de allí una pequeña población, mitad francesa, mitad saboyana. Un arroyo traza las fronteras de los dos reinos: un puente sobre el río está custodiado en un extremo por un centinela sardo y en el otro por uno francés.

Ni el uno ni el otro tienen derecho para pisar el territorio de su vecino, así que cada

(1) No ha sido buen profeta Dumas. A los pocos años de escribir sus Impresiones, la Francia por el voto universal ha restablecido el trono imperial, y colocado en él á Luis Napoleón III.

uno se pasea gravemente hasta la mitad del puente; llegados á la línea de losas que forman la curva del arco, se vuelven recíprocamente la espalda y empiezan otra vez esta maniobra todo el tiempo que están de facción. Por lo demás, volví á ver con placer el pantalón rojo y la escarapela tricolor que anunciaban un compatriota.

Llegamos á San Lorenzo, en donde se deja el carruaje y se toman caballerías para ir á la Cartuja, que aun dista cuatro leguas del país. No encontramos ni un solo mulo, pues estaban yo no sé en que feria. Esto nos importaba bastante poco á Lamark y á mí que somos bastante buenos andarines: pero no era cosa indiferente para una señora que nos acompañaba; sin embargo tomó su partido. Hicimos venir un guía que cargase con nuestros tres paquetes que reunió en uno solo. Eran las siete y media y no teníamos más que dos horas y media de día, y cuatro de marcha.

El valle del Delfinado en donde se sumerge la Cartuja es digno de ser comparado á las más sombrías gargantas de la Suiza; la misma riqueza natural, la misma lozania de vegetación, el mismo grandioso aspecto; solo el camino tan escabroso lo mismo que aquellos por los lados de las montañas, es más practicable que los Alpes y conserva siempre cerca de cuatro pies de anchura. No es por tanto peligroso de día, y todo salió á las mil maravillas, mientras no sobrevino la noche. Esta se adelantó, apresurada por una terrible tempestad. Preguntamos á nuestro guía donde podríamos guarecernos: no había una sola casa en el camino, fué preciso continuar nuestro viaje; aun nos hallábamos en la mitad del camino de la Cartuja.

El resto de la subida fué horrible. La lluvia comenzó muy pronto, y con ella la más profunda oscuridad. Nuestra compañera se agarró al brazo del guía. Lamark tomó el mío, y marchamos de dos en dos, pues el camino no era bastante ancho para dejarnos ir de frente; á la derecha teníamos un precipicio cuya profundidad no conocíamos, y en su fondo oíamos bramar un torrente. La noche estaba tan oscura que no veíamos el suelo en que poníamos el pie, ni divisábamos el vestido blanco de la dama que servía de guía, sino al resplandor de los relámpagos, que felizmente eran bastante repetidos para que hubiese tanta luz como tinieblas. Agregad á esto un acompañamiento de truenos cuyos estampidos multiplicaba el eco. Diríase que aquello era el prólogo del juicio final.

El tañido que oímos de la campana del convento, nos anunció al fin que ya nos acercábamos á él. Media hora después, un relámpago nos dejó ver tendido á veinte pasos de nosotros el gigantesco cuerpo de la antigua cartuja. En su interior no se oía el menor ruido más que el tañido de la campana; ni una luz brillaba en sus cincuenta ventanas; hubié-

rarse dicho que era un antiguo claustro abandonado, en donde jugaban malignos espíritus.

Llamamos: vino un hermano á abrirnos. Ibamos á entrar, cuando vió á la señora que estaba con nosotros; volvié á cerrar inmediatamente, cual si el mismo Satanás en persona hubiese venido á visitar el convento. Está prohibido á los cartujos el recibir ninguna muger; una sola se ha introducido en traje de hombre, y cuando después de su marcha supieron había sido infringida su regla, hicieron todas las ceremonias del exorcismo en las habitaciones y celdas en que había puesto los pies. Solo el permiso del papa puede abrir las puertas al enemigo femenino del género humano. La misma duquesa de Berry tuvo que recurrir á este medio en 1829, para visitar la Cartuja.

Muy embarazados nos hallábamos cuando se volvié á abrir la puerta. Salió un hermano lego con una linterna, y nos llevó á un pabellón situado á cincuenta pasos del claustro. Allí es donde se aloja á toda viajera, que como la nuestra viene á llamar á la puerta de la Cartuja, ignorando las severas reglas de los discípulos de San Bruno.

El pobre monge que nos sirvió de guía y que se llamaba el hermano Juan María, me pareció la criatura más dulce y obsequiosa que he visto en mi vida. Su cargo era el de recibir á los viajeros, servirles, y enseñarles el convento. Comenzó por ofrecernos unas cucharadas de un licor hecho por los monges, y destinado á hacer entrar en calor á los viajeros entumecidos por el frío ó la lluvia; en este caso nos hallábamos nosotros, y jamás se había presentado ocasión más á propósito de hacer uso del santo elixir. En efecto, apenas habíamos bebido algunas gotas nos pareció que habíamos tragado fuego, y nos pusimos á correr por el cuarto como unos endemoniados pidiendo agua: si el hermano Juan María hubiese tenido la idea de acercarnos en aquel momento una luz á la boca, creo que hubiésemos escupido llamas como Caco.

Entretanto se encendía el inmenso hogar y la mesa se cubría de leche, pan y manteca; los cartujos no solamente comen siempre de vigilia, sino que obligan á hacer lo mismo á los que los visitan.

En el momento en que acabábamos este refrigerio más que frugal, tocó á maitines la campana del convento. Pregunté al hermano Juan María si me sería permitido asistir á ellos. Respondióme que el pan y la palabra de Dios pertenecían á todos los cristianos. Entré, pues, en el convento.

Soy yo tal vez uno de los hombres sobre quienes más influye la vista de los objetos exteriores, y entre estos objetos los que más me impresionan, son creo, los monumentos religiosos. La gran Cartuja, sobre todo tiene un carácter sombrío que no se encuentra en ninguna parte. Además, sus habitantes forman

la única orden monástica que han dejado viva en Francia las revoluciones; es todo lo que queda en pie de las creencias de nuestros padres, es la última fortaleza que ha conservado la religión, en la tierra de la incredulidad. Aun así cada día la indiferencia la mija por dentro como el tiempo por fuera. De cuatrocientos que eran los cartujos en el siglo XV, no son más que veinte y siete en el XIX, y como hace seis años no han reclutado ningún hermano, los dos novicios que desde aquella época han entrado, no han podido soportar el rigor del noviciado; es probable que la orden se irá destruyendo á medida que la muerte llame á la puerta de las celdas, que cuando estén vacías nadie vendrá á ocupar, y que el más joven de aquellos hombres sobreviviendo á todos, y conociendo que también va á morir á su vez, cerrará la puerta del claustro por dentro, é irá á tenderse el mismo aun vivo en la sepultura que sus manos hayan cavado, por que al día siguiente no quedarán brazos para llevarle á ella muerto.

Ha debido verse ya por lo que he escrito anteriormente, que yo no soy uno de esos viajeros que se entusiasman friamente, que admiran donde su guía les dice que admiren, ó que fingan haber sentido ante hombres ó localidades recomendadas anteriormente á su admiración, sensaciones que están muy lejos de su alma. No, yo me he despojado de mi sensaciones, las he dejado desnudas para presentarlas á mis lectores; lo que he experimentado lo he contado débilmente tal vez, pero no he contado más que lo que he sentido. Pues bien ¿se me creará, quizá, si digo ahora que jamás he sentido en mi corazón una sensación igual á la que se apoderó de mí cuando vi al extremo de un inmenso corredor gótico de ochocientos pies de largo, abrirse la puerta de una celdilla, salir de ella y aparecer, bajo las bóvedas ennegrecidas por el tiempo, á un cartujo de blanca barba, vestido con aquel hábito llevado por San Bruno, y sobre el cual han pasado ocho siglos sin cambiar ni un solo pliegue? Adelantóse el santo varón, grave, reposado en medio del círculo vacilante de luz proyectado por el farol que llevaba en la mano, en tanto que delante y detrás de él, todo estaba sombrío y oscuro. Cuando se dirigió hacia mí, sentí que me flaqueaban las piernas y caí de rodillas; vióme en esta postura, se aproximó con aire de bondad, y levantando su mano sobre mi cabeza inclinada me dijo: «Yo os bendigo, hijo mío, si creéis, y también os bendigo si no creéis.»

Riánsese cuanto se quiera de lo que voy á decir, pero en aquel momento no hubiera dado aquella bendición por un trono.

Cuando hubo pasado me levanté: iba á la iglesia y le seguí: allí me esperaba un nuevo espectáculo.

Toda la pobre comunidad, que ya no se componía más que de diez y seis padres y

once legos, se hallaba reunida en una pequeña iglesia, alumbrada por una lámpara, envuelta en un velo negro. Un cartujo decía misa y todos los demás la oían, no sentados, no de rodillas si no prosternados, con las manos y con la frente pegada sobre el mármol; las capuchas caídas dejaban ver sus desnudos y afeitados cráneos. Había jóvenes y ancianos. Cada uno de ellos había venido allí impulsado por diversos sentimientos; los unos por la fe, los otros por la desgracia; estos por las pasiones, aquellos tal vez por el crimen. Los había cuyas arterias de las sienas palpitaban cual si discurriese fuego por sus venas; estos lloraban: había otros que apenas sentían la circulación de su helada sangre; estos oraban. ¡Oh! estoy seguro que hubiera sido una hermosa historia para escribirse la historia de todos aquellos hombres.

Cuando se acabaron los maitines, pedí recorrer el convento de noche; temía que la luz me trajese otras ideas y yo quería verlo en la disposición de espíritu en que me encontraba. El hermano Juan María tomó una lámpara, me dió á mi otra, y empezamos nuestra visita por los claustros. He dicho ya que estos claustros son inmensos, tienen la misma longitud que la iglesia de San Pedro de Roma, encierran cuatrocientas celdas que estuvieron todas habitadas á la vez en otro tiempo y de las que hay ahora vacías trescientas setenta y tres. Cada monge ha grabado sobre su puerta su pensamiento favorito, ya suyo, ya sacado de algun autor sagrado.

Ved aquí los que me parecieron mas notables.

AMOR, QUI SEMPER ARDES ET NUMQUAM
EXTINGUERIS,
ACCENDE ME TOTUM IGNE TUO.

EN LA SOLEDAD DIOS HABLA AL CORAZON DEL
HOMBRE,
Y EN EL SILENCIO EL HOMBRE HABLA AL
CORAZON DE DIOS.

FUGE, LATE, TACE.

GUARDATE DE FIARTE EN TU DEBIL RAZON.
DIOS TE HA HECHO PARA AMARLE, NO PARA
COMPRENDERLE.

SUENA UNA HORA..... ¡YA PASÓ!

Entramos en una de las celdas vacías, el monge que la habitaba había muerto hacía cin-

co días. Todas son iguales, todas tienen dos escaleras, una para subir á un piso y otra para bajar de él á otro. El piso superior se compone de un pequeño desvan, y el intermedio de un cuarto de chimenea junto al que hay un gabinete de trabajo. Todavía había abierto un libro en el mismo sitio en que el moribundo había echado los ojos por la última vez; eran las *Confesiones de San Agustín*. El cuarto de dormir está contiguo á esta primera habitación; su mueblaje se compone de un reclinatorio y una cama con un gergon y sábanas de lana. La cama tiene puertas que se doblan, que pueden cerrarse sobre el que duerme, y esto me hizo comprender cuál era el pensamiento del alemán al decirme que los cartujos dormían en un armario.

El piso inferior no contiene mas que un taller con instrumentos de tornero ó de carpintería, cada cartujo puede dedicar dos horas al día á cualquier trabajo manual, y una hora al cultivo del huertecito contiguo á su taller; esta es la única distracción que se les permite.

Al subir visitamos la sala del capítulo general y vimos allí todos los retratos de los generales de la orden de San Bruno, su fundador (1), muerto en 1101, hasta el de Inocencio el Albañil, muerto en 1707; desde este último hasta el padre Juan Bautista Mortes, general actual de la orden, se halla interrumpida la serie de los retratos. El año 92, en el momento de la devastación de los conventos, abandonaron los cartujos la Francia, llevándose consigo cada uno un retrato. Despues volvieron otra vez á su casa y trajeron cada uno el suyo, y los que murieron en la emigración habían tomado sus precauciones para que no se estraviase el depósito de que se habían encargado; en el día no falta ninguno en la colección.

De allí pasamos al refectorio, hay dos: el primero es el de los legos, y el segundo el de los sacerdotes. Beben en vasos de barro y comen en platos de madera. Estos vasos tienen dos asas para poder levantarlos á dos manos como hacían los primeros cristianos; y los platos tienen la forma de una escribanía, sirviendo el recipiente de en medio para la salsa, y poniendo en derredor las legumbres ó pescado, único alimento que les es permitido. Al ver la forma del plato me acordé otra vez del alemán cuando me dijo que los cartujos comían en un fintero.

El hermano Juan María me preguntó si quería ver el cementerio, aunque era de noche. Lo que miraba como un obstáculo, era para mí un motivo mas para decidirme á aquella visita. Acepté, pues; mas en el momento que abría la puerta por donde se entraba, me detuvo, cogiéndome el brazo con una mano, y mostrándome con la otra á un cartujo que ca-

(1) La fundación de la orden se remonta á 1084.

vaba su sepultura. A su vista permaneci un instante inmóvil, despues pregunté á mi guía si podría hablar á aquel hombre. Respondióme que nada se oponía á ello, le supliqué que se retirara si eso era permitido. Lejos de parecerle indiscreta mi petición pareció causarle gran gusto. Estaba cayéndose de cansado. Quedéme, pues, solo.

No sabía como llegarme á mi enterrador. Di algunos pasos hácia él; reparando en mí volvióse hácia mi lado, apoyóse sobre su azadon y aguardó á que le dirigiese la palabra. Redoblóse mi embarazo: sin embargo un silencio mas largo hubiera sido ridiculo.

—Padre mio, le dije, muy tarde os ocupais en tan triste tarea; pareceme que despues de las mortificaciones y fatigas del día debierais sentir la necesidad de consagrar al descanso las pocas horas que os deja la oración, tanto mas, padre, añadi sonriéndome, al ver que era joven, que este trabajo que hacéis me parece que no es urgente.

—Aquí, hijo mio, me dijo el monge con un acento paternal y triste, no son los mas viejos los que mueren primero, ni se camina en orden de edad al sepulcro; además, cuando la mia esté concluida quizás permitirá Dios que baje á ella.

—Perdonad, padre mio, repliqué; aunque tengo el corazón religioso conozco poco las reglas y prácticas santas; y así puedo engañarme en lo que voy á decir; pero me parece que la abnegación que vuestra orden hace de las cosas del mundo no debe llevarse hasta el deseo de abandonarlas.

—El hombre es dueño de sus acciones, respondió el cartujo, pero no de sus deseos.

—Muy sombrío es vuestro deseo, padre mio!

—Segun mi corazón.

—¡Habéis padecido mucho!

—Padezco siempre.

—Creía que en esta morada solo habitaba el sosiego.

—El remordimiento entra en todas partes.

Miré mas fijamente á aquel hombre y reconocí en él al que había visto en la iglesia posturado y sollozando: él tambien me reconoció.

—¿Estábais esta noche en los maitines? me dijo.

—Al lado vuestro, si no me engaño.

—¿Me habéis oído gemir?

—Y os he visto llorar.

—¿Y qué habéis pensado de mí entonces?

—Que Dios había tenido compasión de vos pues os concedía lágrimas.

—Si, si, desde que me las ha devuelto espero tambien que se canse su venganza.

—¿No habéis tratado de mitigar vuestros pesares confiándooselos á alguno de vuestros hermanos?

—Aquí lleva cada cual la carga proporcionada á sus fuerzas; la que otro le añadiese le haría sucumbir.

—Sin embargo eso os hubiera aliviado.

—Lo creo como vos.

—Siempre es algo, continué, un corazón que nos compadece y una mano que estrecha la nuestra!

Cogí su mano y se la apreté; desprendióse de la mia, y cruzando sus brazos sobre el pecho, me miró fijamente, como para leer por mis ojos en lo mas profundo de mi corazón.

—¿Es interés ó indiscreción?... me dijo, ¿sois bueno, ó simplemente curioso? ...

Oprimióseme el corazón....

—¡Vuestra mano por última vez, padre mio.... y adios!

Me alejé de allí.

—Escuchad, replicó.

Me paré. Llegóse á mí.

—No se dirá que se me ha ofrecido un medio de consuelo y que le he rechazado; que Dios os ha traído junto á mí, y que yo os he alejado. Habéis hecho por un miserable lo que nadie ha hecho seis años ha; le habéis estrechado la mano. ¡Gracias!.... Le habéis dicho que el contar sus pesares sería aliviarlos, y por estas palabras os habéis comprometido á escucharlos. Ahora no vayais á interrumpirme á la mitad de mi relación y á decirme: ¡Basta!.... Escuchadla hasta el fin, porque todo lo que hace tanto tiempo tengo en el corazón, tiene necesidad de salir de él.

Se lo prometí. Nos sentamos sobre el roto sepulcro de uno de los generales de la orden; apoyó un instante su cabeza entre sus dos manos; este movimiento hizo caer su capucha, de modo que cuando levantó la cabeza pude verle á todo mi placer. Vi entonces que era un joven de barba y ojos negros, á quien la vida ascética había vuelto pálido y flaco, quitando algo á su hermosura, pero añadiendo espresión á su fisonomía. Era la cabeza de Giaour, tal como me la había figurado por los versos de Byron.

—Inútil es, me dijo, que sepais el país donde he nacido, y el lugar en que habitaba. Hace siete años que han pasado los sucesos que voy á contar; yo tenia entonces veinte y cuatro años.

Yo era rico y de una familia distinguida; fui arrojado al mundo al salir del colegio; entré en él con un carácter resuelto, una cabeza ardiente, un corazón lleno de pasiones, y con la convicción de que nada podía resistir mucho tiempo á un hombre que tenia perseverancia y oro. Mis primeras aventuras no hicieron mas que confirmarme en mi opinión.

A principios de la primavera de 1825 se hallaba de venta una casa de campo contigua á la de mi madre; fué comprada por el general M.... Había conocido al general en el gran mundo cuando aun era soltero. Era un hombre grave y severo, á quien la vista de los campos de batalla había habituado á contar á los hombres como unidades y á las mugeres como cerros. Creí que se habría casado con la